



DE LA MANO DE... FRANCO VACCARINI

Ilustraciones: Jimena Tello



EDITORIAL HOLA CHICOS
Av. Callao 1121 4° "D" (1023) CABA, Argentina
Tel. / Fax (011) 4812-1800 / 4815-1998
e-mail: holachicos@editorialholachicos.com.ar
www.holachicos.com.ar

DE LA MANO DE FRANCO VACCARINI

Diseño de tapa e interior: Donagh I Matulich
Ilustraciones: Jimena Tello

ISBN: 978-987-8450-54-4

Producción gráfica realizada por Arcangel Maggio.
Enero 2024

Vaccarini, Franco
De la mano de Franco Vaccarini / Franco Vaccarini ; ilustrado por Jimena Tello. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hola Chicos, 2024.
96 p. : il. ; 21 x 15 cm. - (De la mano de... / 3)

ISBN 978-987-8450-54-4

1. Literatura Infantil y Juvenil. 2. Cuentos. 3. Poesía. I. Tello, Jimena, ilus.
II. Título.
CDD A860.9282

© 2024 Hola Chicos S.R.L.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.



ÍNDICE

Indicios	7
La máquina de volar tortugas.	11
Monstruo de sal	23
Ladrones de palabras	29
Aguafiestas y la lecherita	35
El amigo del bosque	39
Propósito	45
Parecía una sombra	49
Fábula de las uvas verdes	55
Una idea muerta de frío	59
La ballena tiene hambre	65
El amigo del astronauta	69

Lo incontrolable 75
El viaje del queso 79
Microtangos 85
Autobiografía 89



INDICIOS



Aparición

Solo la veo en noviembre
en las flores blancas del durazno.
El resto del tiempo
es invisible
o se la llevan.

Mundos

¿Cuántos mundos caben
en el pajar de tu mente?
¿Y cómo encontrarás tu mundo
en el pajar?

LA MÁQUINA DE VOLAR TORTUGAS



El calor la despertó y enseguida escuchó el escándalo que hacían los loros en el pinar. Por Dios, qué manera de hacer ruido.

–¿Se pueden callar, por favor? Acabo de despertarme –gritó Morita, la tortuga.

Pero los loros no la escucharon. Estaban haciendo lo que hacen los loros en bandada: hablar todos a la vez. Tal vez no se escuchaban ni entre ellos. Quién sabe.

Luego de pasarse un invierno protegida en un escondrijo, todo lo que quería era acción, aunque hubiera preferido que aquellos loros estuvieran lejos. Iba a su ritmo, de acá para allá, alrededor del tronco de un árbol gigante. Por suerte, los loros no lo ocupaban. Ellos preferían los pinos, donde construían sus nidos y hacían: krrr, krrr.

Ya se sabe que las tortugas tienen fama de lentas. Morita creía en el dicho: "Hazte la fama y échate a dormir". Y ella dormía bastante. Abril, mayo, junio, julio, agosto...

Y aquella hermosa mañana de septiembre se regalaba un desayuno succulento: hojas, tallos tiernos, tréboles de cuatro hojas.

De vez en cuando, se cruzaba con otras tortugas. "Qué pinta de aburridas que tienen estas". Apenas si las saludaba. Muchas veces había soñado con recorrer el mundo y alejarse de esas vecinas que lo único que hacían era dormir y comer pastito. En cambio, ella... bueno, ella tenía sueños. Ambiciones.

Quería conocer los esteros del Iberá y andar en moto por la ruta. O ir a Chivilcoy y vivir en un palacio. Hay un palacio que se llama Gran Hotel Chivilcoy. En ese lugar ella viviría como una reina. Quería, también, comprarse un velero y

dar la vuelta al mundo en la laguna del Chanco. Mientras tanto, se conformaba mirando el cielo, todo lleno de azul.

El terreno se había renovado bastante desde la última vez. Nuevas plantas. Flores tempranas. La primavera se asomaba con su cara de mil colores. Y los loros dale que dale con su bullanguería. No los soportó más y les habló:

–¿Se ríen de mí, loritos?

–¿Por qué nos reiríamos de vos, Morita?

–Y yo qué sé.

–No, no nos reímos de vos. ¡Krrrr!

–¿Y de qué se ríen?

–Cosas nuestras. ¡Krrr! ¡Krrr!

Y apenas terminaron la conversación, los loros siguieron riéndose. Pero de veras no se reían de la tortuga. Los loros viven de hacer barullo y se ríen porque les gusta la risa.

Pero nadie le podía sacar de la cabeza a la tortuga que se burlaban de ella.

–Yo sé de qué se ríen. Ellos pueden volar y yo no. Se meten adentro del cielo. Quién sabe lo que verán desde arriba. Ah, qué lindo sería volar.

Unos patos aterrizaron para beber agua de un charco. Tenían una forma divertida de meter el pico en el agua, de estirar las alas, de sacudirse. Parecían contentos. Y pacíficos. La tortuga se cruzó con ellos, con el ánimo por el piso.

–Ah, qué lindo sería volar –suspiró.

–¿Te pasa algo, tortuga? –preguntó un pato.

–Nada. Nada en absoluto.

–Bueno, no sé a vos, pero a tu cara sí le pasa algo. Cuac –dijo el otro pato.

–Nada. Bueno, creo que ese es el problema, si lo pienso bien. Que no me pasa nada. Que me gustaría ver un poco de mundo, volar por el cielo, en fin, todo eso que para ustedes debe ser lo más natural.



Los patos se miraron, cuchichearon un poco y después uno dijo:

–¡Pero eso tiene solución!

Y el otro agregó:

–¡Hoy es tu día de suerte! ¡Somos los patos inventores!

–¿Y qué inventaron?

–La máquina para que vuelen las tortugas. Eso inventamos.

Eran dos patos parlanchines. Pícaros. Buena onda. No dejaron de aturdir con su simpatía a la tortuga. “Vamos, doña, hay que cambiar esa cara. ¡Ánimo!”. Todas esas cosas le decían a la tortuga. Ya se sabe cómo son los patos. Cuac.

–¿Cómo te llamás? –preguntó un pato.

–Manuelita.

–¿En serio? –Se sorprendió el otro pato.

–Nooo, mentira. Morita. ¿Y ustedes?

–Yo soy Uno y él es Dos –dijo Uno.

–Yo soy Dos y él es Uno –dijo Dos.

–¿Y cómo es esa... máquina, chicos?

–Esperá que la busquemos –dijo Uno.

–Es una máquina que está en la naturaleza –dijo Dos.

Morita pensó que eran un par de chiflados, pero simpáticos. Así que se quedó esperando novedades. En seguida vinieron los patos con una rama. Le explicaron que esa era la máquina para hacer volar a las tortugas. Todo lo que tenía que hacer era abrir la boca y aferrarse a la rama.

–Es un medio de transporte ecológico –dijo Uno.

–No trae daño al medio ambiente. La ramita ya estaba rota. Pero acordate: en boca cerrada no entran moscas.

–Son dos genios. Van a ver esos loros. Se van a tener que meter la risa entre las plumas. ¿Me pueden llevar a Hollywood?

–¿Y eso qué es? Ni idea. Pero te podemos llevar a Cualquier Parte –dijo Uno.

–Lo bueno de Cualquier Parte es que queda en Todos Lados –dijo Dos.

Los patos tomaron la rama con sus patas. Y la tortuga se aferró a la rama con su boca y... ¡a volar! Al principio fue medio incómodo y después, también. Es que ella colgaba de la rama y solo podía mirar para arriba. Pero a la vez era un privilegio. Volaba y sus ojos estaban llenos de cielo. Cuando los patos tomaron velocidad, su cuerpo se puso horizontal, como un trapo colgado al viento y pudo mirar hacia abajo.

¡Faaa! Qué lindo es volar. Morita veía las copas de los árboles, los techos de las casas, el río como una víbora gigante cruzando la pradera. Qué hermoso era todo.

Poco a poco se fue sintiendo más y más feliz. Ya no era como las demás tortugas. Volaba. Tenía

una máquina y dos patos. La máquina de volar tortugas. Estaba tan contenta que no cabía en el caparazón. Entonces pasó una bandada de loros. ¡Los loros! Pasaron de lo más calladitos. Esta vez no se reían de ella, estarían asombrados. La tortuga los vio pasar y no pudo evitar gritarles:

–¿Y? ¿Por qué no se ríen ahora?

Hay que considerar que para poder decir eso Morita tuvo, por fuerza, que abrir la boca y al abrir la boca, no le entró ninguna mosca, pero soltó la rama y al soltar la rama, se vino a pique. Plum. Ay, qué porrazo.

–¿Por qué abriste la boca? –le preguntaron los patos.

–¡Por los loros! Siempre se ríen de mí.

Un loro viejo, que ya casi no volaba, escuchó a Morita y le dijo:

–Nosotros no nos reímos de vos, jamás. No sé qué podría tener de gracioso reírse de una

tortuga. Pero ahora, si usted me lo permite, soltaré una carcajada en su honor... ¡Krrr! ¡Krrr!

Y ahora sí, los loros se reían de Morita, la tortuga que soltó la rama. Ahora sí se reían de ella. Morita se puso roja de rabia. Estaba a punto de reventar. Los patos inventores la vieron tan enojada que:

–¡Cuac, cuac, cuac!

Se morían de risa y batían las alas. Cuac, cuac, cuac.

Y Morita no aguantó más. Y se empezó a reír, también. A reírse de ella misma. Cuf, cuf, cuf. La risa de una tortuga parece tos. Cuf. Cuf. Pero qué lindo es reírse de uno mismo. Es como volar, es como quererse igual, aunque uno meta la pata o abra por demás la boca. Cuac.

MONSTRUO DE SAL

